

CAMPESINADO Y CONTRAHEGEMONÍA

Politicidad y resistencia en los
movimientos populares de América Latina

Oscar Soto



**Campesinado y
contrahegemonía**
*Politicidad y resistencia en
los movimientos populares
de América Latina*

Oscar Soto

Colección
Chico Mendes

EDITORIAL
EL COLECTIVO 

Abya Yala, 2023

Soto, Oscar

Campesinado y contrahegemonía. Politicidad y resistencia en los movimientos populares de América Latina / Prefacio de Marta Greco; Prólogo de Miguel Mazzeo.

- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Colectivo, 2023.

220 p. ; 22 x 15 cm. - (Chico Mendes)

ISBN 978-987-8484-25-9

1. Sociología Rural. 2. Comunidades Rurales. I. Greco, Marta, pref. II. Mazzeo, Miguel, prolog. III. Título.

CDD 307.72098

Corrección y cuidado de la edición: Blanca S. Fernández

Diseño de tapa: Tatiana Kravetz

Diseño de interior: Francisco Farina

Imagen de tapa: Via Campesina

Editorial El Colectivo

www.editorialelcolectivo.com

contacto@editorialelcolectivo.com

Facebook: Editorial El Colectivo

Twitter: @EditElColectivo

IG: @EditorialElColectivo



Esta edición se realiza bajo la licencia de uso creativo compartido o Creative Commons. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:



Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).



No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.



Mantener estas condiciones para obras derivadas: sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

*Este es un triunfo, madre, pero sin triunfo,
nos duele hasta los huesos el latifundio.
Esta es la tierra, padre, que vos pisabas,
todavía mi canto no la rescata.
Y cuándo será el día, pregunto cuándo,
que por la tierra estéril vengan sembrando
todos los campesinos desalojados.*

*¡Hay que dar vuelta el viento como la taba,
el que no cambia todo, no cambia nada!*

*Este es un triunfo, madre, del nuevo tiempo,
de estar bajo la tierra, rompió el silencio.
Este es un triunfo, padre, de la alegría
de tu sueño en semillas sube la vida.
Sube la vida arriba, hasta la espiga,
que si la tierra es fértil, la tierra es mía,
adonde nace el alba, yo siembro el día.*

Armando Tejada Gómez y César Isella

Agradecimientos

Este libro no vería la luz de no ser por tantos hermanos y hermanas, amigas, amigos, maestros, maestras... fundamentalmente compañerxs que la vida me dio.

Digo “compañerxs” con la hondura que esa palabra evoca para los que “compartimos” el camino, el pan y la lucha. Nombrar a todos es difícil como injusto no hacerlo.

Aunque se trate de una enumeración inacabada, quiero agradecer a las mujeres que me *estremecieron* y me ayudan a (intentar al menos) ser un poquito mejor, como lo son ellas: ¡Fani, Anabela, Ainara y Catalina! Gracias por su amor infinito, por sostener cada momento el sentido de los días.

A mis viejos Ismael y Fani por su templanza y dignidad, por el esfuerzo de vida en las condiciones más difíciles, por esa conciencia libre y esos mansos pensamientos que han sido el mejor legado.

Agradezco especialmente a Martita, Diego, Dhana, Facu, Rocío, Emilio y todxs los compañerxs de la UST, el CEFIC y el MNCI-ST por enseñar a este amigo que viene muy atrás y que mucho admira su lucha inagotable.

A mi hermano Mario; a Carlos, Gladys, José, Claudia, Marcos, Manolo, León, Roberto, Edgars, Valen, Beto, Pato, Rubén, Gonchi... y tantos que aquí no caben, por estar siempre.

Gracias a Amelia por su acompañamiento constante, por notificarme a tiempo de esa obligación de ser latinoamericanistas y cultivar un pensamiento crítico. A Lia por extender su calidez desde el principio.

A la Maestría de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCuyo, en especial a Paola, Fernanda y mis compañerxs que tanto nos han acompañado, así como a toda la educación pública de nuestro país.

Muchas gracias Sergio por ilustrar este libro con tu pluma compañera, en honor a nuestros días de infancia malargüina.

A toda mi familia, en particular a mis tíos en Llano Blanco, crianceros que habitan de sol a sol lo inconmensurable de una vida abigarrada.

Sin lugar a dudas, nada de esto hubiera llegado a término sin la infinita generosidad de un maestro, compañero y amigo como Miguel Mazzeo. Su humanidad habla por sí sola de la porfía de nuestras luchas. Ser militante en cada gesto define a esos *amautas* que admiramos y con quienes abrigamos esa quimera de parir otro mundo más justo. Gracias por este bello prólogo que redobla la apuesta militante y teórica aquí empeñada.

Muchas gracias a Pancho, Blanca y todxs lxs compas de El Colectivo por su acogida, su trabajo profesional y militante, por sus primeros 15 años de batalla.

Dedico este humilde aporte a la memoria de mi viejita que me enseñó a caminar por la vida sin dejar de resistir y volver a empezar cada día, a mi viejo por su fuerza invariable y a los 20 años de lucha de la Unión de Trabajadores Rurales Sin Tierra.

¡Hasta la victoria siempre!

Oscar Soto

Mendoza, Argentina

12 de enero de 2023

Índice

Prefacio. 20 años de la UST

<i>Marta Greco</i>	15
--------------------------	----

Prólogo. Repensar la cuestión campesina

<i>Miguel Mazzeo</i>	17
----------------------------	----

Introducción..... 23

Hacia una gramática política de las luchas campesinas	24
---	----

El no-saber de quien quiere investigar y militar	29
--	----

América Latina: rastro y fisonomía

de una resistencia histórica..... 37

Discurso y abigarramiento latinoamericano	38
---	----

Prolegómenos de conquista y acumulación	41
---	----

Colonialismo inserto en un nuevo sistema-mundo	43
--	----

Un contra-relato expresado en configuraciones sociales.....	46
---	----

Campesinos e indígenas: una persistencia histórica.....	49
---	----

Repensar la clase y la subjetividad campesina	53
---	----

¿Un marco temporal que explica el surgimiento de la lucha?.....	55
---	----

La ecuación Estado - sociedad civil en América Latina..... 59

El viejo <i>collage</i> de Estado y sociedad	60
--	----

Algo para leer: Estado y hegemonía en Gramsci	62
---	----

Asalto latinoamericano a la estatalidad	63
---	----

¿Qué es ese gigante llamado Estado?.....	65
--	----

Movimientos sociales-populares frente a los “nichos de poder”.....	68
--	----

Vuelta a los ciclos políticos latinoamericanos	71
--	----

La necesaria referencia a Venezuela	74
---	----

Una hipótesis sobre el Estado en América Latina hoy	82
---	----

La fase de articulación, los movimientos sociales-populares y el punto de inflexión campesino	89
Neoliberalismo, territorios y movilización social.....	91
Estudiar los movimientos sociales-populares ¿para qué?.....	95
Viejos sujetos en resistencia.....	100
Campesinado y movimientos sociales	101
Articular por abajo: la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo.....	103
La producción de lo “no existente”.....	112
Muestras de visibilidad para las luchas populares	113
Traspaso de la Secretaría Operativa de la CLOC-VC.....	116
¿Un movimiento campesino-indígena en Argentina?.....	117
Antecedentes y contornos de un recambio político	122
Entender el traspaso: la Unión de Trabajadores Sin Tierra.....	127
Recuperar la tierra.....	134
 Re-existencias campesino-indígenas:	
la politicidad de los movimientos rurales	139
Marxismos para una praxis emancipatoria.....	141
Retornar a Gramsci para comprender las prácticas prefigurativas.....	143
Autonomía y articulación vertical.....	145
Contrahegemonía y cambio de época	149
Configuración política desde la negación	154
Prácticas prefigurativas en las bases de la CLOC	156
Una escuadra pedagógica	159
Educación campesina: un derecho que camina	163
Resistir en contextos de excepción	170
La noción de lo político y las politicidades en movimiento	172
Poder popular, narrativa autónoma y prefiguración campesina.....	175
El camino hacia una Declaración de los Derechos Campesinos.....	179
Recreación del movimiento campesino a través de la praxis	183
¿Construir hegemonía desde lo subalterno?	186
Sujetxs organizadxs	192
 A modo de cierre. Anticipar y construir desde los territorios campesino-indígenas una alternativa popular	197
 Anexo.	
Declaración Política del VII Congreso de la CLOC LVC	211
 Bibliografía general y fuentes documentales.....	215

Prefacio

20 años de la UST

Marta Greco

Este 9 de diciembre de 2022 la Unión de Trabajadorxs Rurales Sin Tierra (UST) cumple 20 años de organización. Un 9 de diciembre de 2002 se realizó la primera marcha al norte de la provincia de Mendoza, en el departamento de Lavalle; donde la consigna que nos unificó fue: “Tierra, Agua y Trabajo para una vida digna en el campo”.

La UST es parte del Movimiento Nacional Campesino Indígena-Somos Tierra, a nivel nacional; de la CLOC a nivel Latinoamericano y de la Vía Campesina a escala internacional. Somos parte de ese recorrido histórico de luchas y resistencias de miles de dirigentes, dirigentes, campesinos y campesinas, agricultores y agricultoras que construyen proyectos colectivos para disputar un modelo agrario, donde sus bases y horizontes políticos contengan como principio la Soberanía Alimentaria, la Reforma Agraria Integral, la Agroecología, el feminismo campesino y popular. Es desde allí que la UST comienza y continúa su construcción.

Diciembre del año 2021 nos invitó a reflexionar sobre aquella crisis política, social y económica argentina, bajo la cual surgimos muchas organizaciones de base, en los barrios, comunidades, en donde la militancia y las convicciones fueron el motor para sostenernos y organizarnos, tantas familias. Esos sueños y organizaciones políticas permanecen.

En estos últimos años, después de cuatro años de neoliberalismo, con la sucesiva pandemia que azotó al mundo, conscientes de este impacto redoblamos esfuerzos en la producción y comercialización justa de alimentos.

En este año de celebración para nuestra organización y en un tiempo en el que nuestra América Latina atraviesa un periodo de cambio, con nuevos gobiernos populares y progresistas que nos motorizan a retomar la agenda de la Patria Grande, de la mano de la CLOC y la Vía Campesina; el compañero Oscar nos acerca este enorme y exhaustivo recorrido, invitándonos a repasar la memoria histórica de estas construcciones, actualizar debates y tensiones referidos a ese modelo agrario que es el cimiento de nuestra denuncia y anuncio de otra forma de producir alimentos. A través de aportes teóricos, testimonio de la praxis política de compañeras y compañeros, nos ayuda a repensar los desafíos hacia adelante.

Sin duda uno de los apartados de este gran trabajo de Oscar, es el relacionado a los procesos de formación y educación que fuimos construyendo, siempre nutriéndonos de las organizaciones de la CLOC-VC y el MNCI Somos Tierra. Son experiencias reales que han contribuido a un derecho fundamental, un derecho humano, un derecho social como es la *Educación en el Campo*.

La educación y la formación en el marco de un proyecto de país y de campo es fundamental para, no solo, generar una mirada crítica de la realidad sino también para construir una conciencia organizativa que nos permita la defensa y multiplicación de la vida en nuestro territorio, en armonía con la naturaleza y permitiendo así una sociedad con justicia social.

¡Gracias querido compañero Oscar!

¡Somos Tierra para alimentar a los Pueblos!

Lavalle, Mendoza
15 de febrero de 2022

Prólogo

Repensar la cuestión campesina

Miguel Mazzeo

La “cuestión campesina” casi siempre fue un tema arduo para las izquierdas y para los progresismos. Una matriz eurocéntrica como principio vertebrador limitó el desarrollo de sus capacidades a la hora de pensar los sujetos no proletarios (y no urbanos). Una teleología de la historia centrada en un modelo particular y compulsivamente universalizado de la modernización llevó a desechar las inmensas posibilidades creativas y disruptivas presentes en la propia realidad. Esta teleología, cabe aclararlo, no pocas veces hizo de la realidad un simple depósito donde las izquierdas y los progresismos acumularon sus prejuicios evolucionistas y sus desdenes (o sus gestos piadosos y “magnánimos”). Un clasismo grávido de productivismo denegó temporalidades, omitió saberes y dificultó la percepción y valoración de los componentes étnicos, éticos e identitarios del campesinado. Los sentidos de los silencios que caracterizan a muchas culturas rurales de Nuestra América, pocas veces pudieron ser decodificados y comprendidos. La politicidad de las luchas campesinas de Nuestra América casi siempre estuvo bajo sospecha para el saber occidental. Ni que decir de la politicidad inherente a las formas de comunalidad y autogobierno desarrolladas por el campesinado.

Tampoco estuvieron ausentes los deslumbramientos con procesos signados por el protagonismo campesino, pero que tuvieron lugar en sociedades, si bien periféricas o semiperiféricas, de todos modos, muy alejadas de las realidades típicas de las estructuras correspondientes a las formaciones sociales de Nuestra América, en particular de Argentina. El error más grave de las importadoras y los importadores de romanticismos es que no pueden (o no quieren) ver el romanticismo que está

en casa, a la vuelta de la esquina. Asimismo, y lamentablemente, no faltaron las estrategias de embellecimiento de los aspectos abiertamente “irracionales”, opresivos, patriarcales, etc. —efecto de siglos de colonialismo externo e interno, de explotación capitalista y de hegemonía burguesa— que de ningún modo resultan ajenos a las franjas del campesinado que forman parte del universo de la subalternidad. Estas estrategias distan del lúcido ejercicio que consiste en identificar (e identificarse) con los mejores mitos y valores campesinos despreciados por el racionalismo.

El campesinado fue destrutado como sujeto: inasible, desbordante, exótico, polimorfo. Juzgado como “premoderno”, “inocentizado”, fue relegado al arcón de los objetos de las curiosidades etnográficas. De un modo u otro fue forzado a ser prehistoria, atraso, naturaleza y superstición. Durante décadas se le negaron destrezas estratégicas, hábitos dialécticos y la posibilidad de hacer patria (o patria) popular y devenir clase hegemónica. De forma rutinaria y absolutamente acrítica, desconociendo los procesos de organización de sus saberes, se sostuvo que el campesinado (sobre todo el campesinado pobre y mujer) no estaba en condiciones de generar “intelectuales orgánicos propios”, por lo tanto, jamás podría alcanzar la cima de una “autoconciencia crítica”. La formidable condición de clase milenaria del campesinado era divisada como un signo de anacronismo; su índole de clase diversa y heterogénea como una fuente de incoherencia ideológica y política; su arraigo como atadura a localismos y como una tara de cara a lo universal; su racionalidad productiva y reproductiva respetuosa de los seres humanos y la naturaleza como “baja eficacia productiva”; y así sucesivamente. Lejos de la idea de un bloque histórico, dogmáticamente, le fueron contrapuestos sujetos proletarios, idealizados, casi postizos en nuestros paisajes desiguales y combinados. Como contrapartida, la idealización de los sujetos campesinos se convirtió en ejercicio de invención de artificios: unos sujetos abstractos e irreales terminaban reemplazando a los sujetos concretos y reales.

Resulta un gran desafío abordar la “cuestión campesina” en un país como el nuestro; donde durante mucho tiempo se negó, lisa y llanamente, la existencia de campesinas y campesinos; donde se las y los invisibilizó con el pérfido (y estéril) afán de encubrir viejas y nuevas violencias estructurales; donde se erigió al “desierto” y, más tarde, al “campo” en categorías ontológicas que se distinguen entre otras cosas por la elipsis del campesinado concreto y por la omisión de los traumatismos que fundan su humanidad. Costumbre argentina: diluir al campesinado en el universo abstracto (y en el lenguaje injuriante) de la barbarie.

Según el universo simbólico impuesto por las clases dominantes, Argentina sigue siendo un país “fisiocrático”¹, primario-exportador, rural-societario, rioplatense y liberal, en fin: “civilizado”. Los discursos hegemónicos solo reconocen terratenientes-latifundistas (o pooles de siembra, o empresarios del “agronegocio”) y a una franja de trabajadoras y trabajadores rurales (a las y a los que no consideran parte del campesinado) cuyo respeto por las alambradas enaltecen. Pero las campesinas y los campesinos son y están. Constituyen la primera línea en la lucha contra la mercantilización del trabajo, de la naturaleza y de la vida toda.

El avance neoliberal y el proceso de descampesinización forzado y de vulneración de las comunidades rurales, el despojo de los territorios campesinos e indígenas, la financiarización y el devenir renta del capital, la “acumulación por desposesión”, la pérdida de soberanía alimentaria, la concentración y extranjerización de la tierra, el auge del agronegocio tóxico y del modelo extractivista minero-energético, la precarización del trabajo y de la vida, el daño irreversible al medio ambiente, junto a la crisis de los esquemas lineales-universalistas característicos del horizonte cultural de “la modernidad”, generaron otras “condiciones de posibilidad” y pusieron en evidencia la enorme capacidad de resistencia del campesinado (especialmente del campesinado del “sur global”). Frente a la prepotencia del capital, quedó expuesta su condición de agente esclarecedor y denunciante de la barbarie del capital en curso y su aptitud de fundar alternativas civilizatorias, no solo de cara al futuro y “más allá” de la modernidad, sino también con el plus de parciales concreciones en el presente y en los intersticios del sistema. El desquicio misantrópico y ecocida del capital, su tendencia a generalizar el “mal vivir”, indirectamente nos lleva a redescubrir la fuerza utópica del campesinado y a considerar las promesas inscriptas en la complexión anticapitalista de su sustrato cultural.

¿Acaso el campesinado no es el sujeto histórico que ha comprendido con más claridad la crisis civilizatoria que nos atraviesa y su carácter irresoluble en los marcos de la sociedad occidental y el capitalismo? ¿Acaso el campesinado no nos ofrece una concepción de la propiedad y del trabajo que no son ni individualistas ni mercantiles?

1 La analogía, más allá de la carga metafórica, remite a la prioridad otorgada por los fisiócratas a la renta de la tierra por sobre el trabajo agrícola. Cabe señalar que, en Argentina, tiene vigencia la ideología jeffersoniana (despojada de los sentidos sociopolíticos progresistas) que considera que el campo genera la “verdadera riqueza”. Asimismo, esta ideología alimenta los relatos que exaltan la “condición ciudadana” de “los cultivadores de la tierra” a los que, usualmente, asocia a las principales categorías de las clases propietarias.

Salta a la vista la virtud resistente del campesinado como fundamento de sus inéditas capacidades hegemónicas. Es decir, una capacidad de integrarse plenamente al conjunto de los sujetos subalternos, de aportar decididamente a su articulación y amalgamamiento y de impulsar el desarrollo de una conciencia anticapitalista al interior del movimiento popular. Ahora, el campesinado, junto a la sustancia que sirve para cohesionar a la sociedad civil popular y para recrear lo nacional en claves originales, ofrece una posibilidad para pensar-hacer el camino emancipatorio, superador de la sociedad capitalista: el trayecto que va del momento reproductivo de la vida al momento político.

De este modo, emergen condiciones para repensar la “cuestión campesina” bajo nuevas coordenadas. Ya no en términos de “acompañamiento” (subordinado), o de “alianzas” con unos supuestos “núcleos dinámicos” e históricamente “vanguardistas” invariablemente metropolitanos, sino en términos de protagonismo histórico. Un protagonismo que no implica ninguna exclusividad y ninguna función sustitutiva fundadas en atavismos.

Oscar Soto propone pensar (seguir pensando) al campesinado en clave política. Considera que los procesos de subjetivación y resistencia campesino-indígena son productores de politicidades emancipatorias. Para este ejercicio impostergable, elige como punto de partida unos fundamentos bien sólidos: nociones de la filosofía latinoamericana y del pensamiento crítico latinoamericano, las críticas al colonialismo viejo y nuevo, externo e interno; pilares necesarios para una crítica firme y persistente de la universalidad restringida y opresora que oficia como mar de fondo. Todo esto matizado por la apelación a las categorías gramscianas, utilizadas al límite de su flexibilidad. En torno al eje de la utopía de Nuestra América, Oscar rearticula diversas herencias culturales, diversas racionalidades.

Oscar expone una de las tantas formas de hacer del marxismo algo más que una disidencia de Occidente, ensaya una vía para aportar a la permanente construcción del marxismo de Nuestra América: un marxismo capaz de cuestionar a fondo las disposiciones epistemológicas en las que se desarrolló —con mucha comodidad y pocas tensiones— durante casi dos siglos; un marxismo inserto en nuevas disposiciones epistemológicas; un marxismo capaz de introducir cortes reales y de engarzarse en la vida política.

Oscar analiza el proceso de constitución de los nuevos sujetos agrarios en Argentina; sobre todo, se centra en sus potencialidades emancipatorias. En su propuesta —incompatible con el populismo aldeano,

las ingenuidades neo-hippies y las inconsistencias de algunos antimodernismos— el campesinado organizado y autónomo juega roles determinantes de cara a la conformación de un nuevo bloque de poder, un bloque contrahegemónico, antiimperialista, anticapitalista, anticolonialista y antipatriarcal: junto al movimiento obrero, los movimientos territoriales y el masivo “precariado” de las grandes urbes; junto al resto del movimiento feminista (los feminismos no campesinos) y el movimiento antirracista, el movimiento LGTBQI, las comunidades indígenas organizadas, el movimiento ambientalista.

Entonces, la reforma agraria (radical) —instrumento fundamental de redistribución del poder— y la obtención y el cumplimiento de un conjunto de derechos campesinos, la posibilidad de frenar (y revertir) el proceso de expropiación de las comunidades rurales e indígenas, la modificación de los términos desiguales de intercambio entre lo agroindustrial y lo campesino, entre las culturas urbanas y las culturas campesinas, solo serán viables en el marco de un nuevo bloque histórico. Se trata, pues, de procesos simultáneos. Y la politización del campesinado deviene un tema crucial.

Oscar Soto aspira a comunicar la inteligencia teórica de las reacciones y acciones del pueblo, a organizar la unidad sintética de la experiencia de las clases subalternas y oprimidas. Desea contribuir a provocar un destino. Tarea inusual entre las y los intelectuales de nuestro tiempo, y prácticamente a contramano de los formalizados lenguajes grises y los estilos semiburocráticos de la academia (y también de la política).

Oscar Soto, investigador-militante, no quiere ser administrador del conocimiento existente. Prefiere trabajar en alguna intemperie corporativa o institucional —pero con resguardos político-afectivos— en pos de la construcción de la legitimidad del proyecto emancipador. Por eso se desenvuelve en matrices funcionales al horizonte de la consolidación y la articulación de diversos espacios contrahegemónicos. Sus preguntas remiten a los medios y las formas de acumular capital organizativo, político y simbólico a los fines de rehacer montoneras y disputar el poder.

Lanús Oeste, Provincia de Buenos Aires

7 de febrero de 2022



Introducción

La investigación de la cuestión rural en América Latina resulta un tema recurrente en el desarrollo de las ciencias sociales y los estudios latinoamericanos; más aún, la relevancia de la caracterización del sujeto “campesino” en el análisis de la dinámica agraria ha alentado el surgimiento de múltiples miradas políticas, económicas y sociológicas del hecho rural. El debate que atraviesa a los estudios sobre el mundo agrario ha puesto en cuestión la supuesta extinción del concepto de “campesinado” al tiempo que ha dado preeminencia a los sujetos y sujetas que integran tan amplia conceptualización. No obstante, en los análisis económicos, productivos y sociológicos de la ruralidad latinoamericana, existe un intersticio de tiempo y acción que nos genera inquietudes teórico-políticas. Entre esas cavilaciones se sitúan los interrogantes que nos introducen a la contingencia de escribir sobre las resistencias campesinas; algo que no resulta una novedad —ya a fines de los 70 Teodor Shanin había aproximado algunos tempranos análisis en la materia (Shanin, 1979)—, sin embargo, se trata de un tema que se presenta fértil en su indagación. Hablamos aquí del campesinado en clave estrictamente política.

Desde el siglo XX las revueltas campesinas, esbozadas por entonces en los estudios clásicos de Pablo González Casanova (1985), se han ido recreando en formas de lucha política del campesinado latinoamericano que, al calor de los desafíos nuevos surgidos en el siglo XXI, colocan el “resurgimiento” de los movimientos rurales como elemento explicativo de la geopolítica regional actual. De manera creciente, la articulación de un conjunto de movimientos sociales del mundo rural, que se consolida

en el escenario de apropiación y disputa por el territorio, ha favorecido el hecho de que las organizaciones de base campesina devengan en instancias de acumulación política por un lado, al tiempo que reestructura el tipo de relaciones de producción y reproducción del espacio, por otro¹. Sin embargo, pese al ya extendido análisis de la estructura agraria latinoamericana y la indagación sobre el carácter socio-histórico del campesinado bajo el imperio del capitalismo como modo de producción –y los interrogantes e incógnitas que surgen en plena efervescencia neoliberal–; será el reverso no abordado de esos estudios el que nos oriente aquí específicamente:

el movimiento de la formación del campesinado ocurre simultáneamente a través de la exclusión y generación de las condiciones para la realización del trabajo familiar en la creación, destrucción y recreación de relaciones sociales, como la propiedad campesina de la tierra, ocupación, alquiler, aparcería y cultivo por contrato [...] en la resistencia contra el proceso de exclusión, los trabajadores crean una forma política –la ocupación de tierras– con el fin de resocializarse, luchando por las tierras y en contra de la proletarianización. En este sentido, la lucha por las tierras es una constante lucha contra el capital. Es la lucha contra la expropiación y contra la explotación (Fernandes, 2008: 336).

Hacia una gramática política de las luchas campesinas

En el transcurso que va desde la crisis del consenso neoliberal, a fines de los años 90, y la reconfiguración del mapa político regional hasta nuestros días, los movimientos y organizaciones campesinas se han tornado un “objeto” de estudio en relación a la democracia, el Estado y los territorios. Varios trabajos en esta línea han indagado el desprendimiento político de las luchas sociales que configuran en América Latina nuevos gobiernos progresistas, posneoliberales o de corte “popular”². En gran medida, las recientes luchas políticas y sociales han tenido una fuerte incidencia en el Estado, entendido en su sentido amplio, como expresión de una unidad orgánica “en crisis” de sociedad política y sociedad civil (Oliver, 2009: 54). En esa dirección, en este libro se busca identificar y describir de forma situada el despliegue de acciones, intervenciones y prácticas llevadas a cabo por el colectivo que compone a nivel regional la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del

1 Basta con darle una revisada al amplio mundo de estudios rurales que Norma Giarraca y otros han realizado en la Argentina (Giarraca, 1997; 2002; 2017).

2 Algunos textos dan cuenta de ello: Algranatti, Seoane y Taddei (2006), Dinerstein (2013), Gaudichaud (2010), Ardití (2009) y Soto (2017b).

Campo-Vía Campesina (CLOC-VC) durante las últimas décadas, como modalidad de comprensión de las significaciones, sentidos o connotaciones “políticas” que conllevan estas luchas al interior del campesinado latinoamericano.

La problemática ante la cual nos colocamos es la de discernir, a partir de una *investigación militante*, ¿qué tipo de “prácticas” lleva a cabo esta articulación de organizaciones? Explicitar, tal vez, ¿cuáles son los sentidos y/o significaciones políticas prefigurativas que surgen en el desarrollo de esas intervenciones o accionar comunitario y rural?, ¿qué interpretan a partir de sus experiencias los mismos sujetos y sujetas que participan de esta articulación campesina regional? Y, en todo caso, ¿qué podemos vislumbrar desde nuestra indagación como “sentido” o “significación política” al referirnos a dichas intervenciones?

En definitiva, nos interesa discernir la “significación política-prefigurativa” de los sectores rurales que se reivindican parte del campesinado latinoamericano, a partir de la inscripción y el desarrollo de sus acciones sociopolíticas en una organización campesino-indígena fundamental de nuestra historia reciente.

Este libro da cuenta del carácter político de un conjunto de prácticas sociales y comunitarias de corte reivindicativo y sectorial, partiendo de la noción de *lo político* como una instancia de disputa de poder que tiene lugar en la trama del vínculo entre Estado, sociedad civil y el tipo de relaciones de producción existentes. Buscamos establecer nociones y categorías que puedan mediar las intuiciones y las constataciones efectivas en la práctica de esta organización. Por tal motivo, analizamos las últimas décadas de lucha campesina en la región, poniendo el acento en las dinámicas que asume el campesinado en tanto clase y movimiento social, particularmente la CLOC-VC que a partir de 2013 se caracterizará por el traslado de la Secretaría Operativa a su sede en Argentina y las implicancias que este traslado conlleva.

Para una explicación sociopolítica de lo rural precisamos de nociones teóricas que comprendan lo general en relación a estructuras, procesos y formas de concebir el mundo. Es por eso que decidimos partir de la idea *zavaletiana* de que en América Latina existen diversos tiempos históricos sobrepuestos y en convivencia en un mismo territorio: formas comunitarias de producción, lógicas tributarias y modos de producción capitalistas (Zavaleta Mercado, 1978) atravesadas por una diversidad de cosmovisiones, culturas y lenguajes que evocan modalidades de subsunción formal y real, esto es: mercantilización de las fuerzas de trabajo y cambios en las formas de propiedad, la producción y la reproducción

social de la vida. Expondremos aquí cómo la forma comunitaria³ constituye una fuerza productiva y enuncia la dimensión de lo político-social-cultural configurado en el despliegue de las relaciones productivas. En todo caso, partiremos reafirmando que en los territorios rurales existen *relaciones políticas* entre sectores comunitarios y clases dominantes en las que operan lógicas de *dominación y resistencias*. El boliviano René Zavaleta Mercado llamaba a esto “forma primordial”: ese tipo de relación constantemente tensionada entre Estado y sociedad civil que contornea el tipo de relaciones de producción posible (Zavaleta Mercado, 1982).

Por otro lado, la concepción de lo *abigarrado* en Zavaleta Mercado surge para abordar el problema de la falta de articulación de los modos de producción, y sobre todo el de las otras dimensiones en la vida social, principalmente la política. No hacemos aquí un traslado lineal de estos conceptos, solo retomamos la posibilidad de entender esta faceta de la ruralidad, caracterizada por la coexistencia de diversas temporalidades o *tiempos* históricos sobrepuestos. Algo ligado básicamente al nivel del momento productivo y reproductivo de la vida en el campo. Así, se torna factible considerar las *construcciones políticas* en América Latina, antes que puramente las estructuras económicas, procesos de trabajo, cambios tecnológicos o tasas de explotación. Descartamos aquí un enfoque exclusivamente económico —generalmente asociado a las lecturas hegemónicas de la cuestión agraria latinoamericana—, antes bien, ponderamos una mirada teórico-política de la problemática a indagar. En tal sentido consideramos que repensar movimientos campesinos y sus posibles “politicidades” convida a desentrañar el carácter político-cognitivo que resulta de la fusión entre formas modernas de constitución de sujetos en lucha contra la dominación del capital, con otras formas no modernas, comunitarias de vida social, movilización y lucha política contra el dominio colonial y capitalista (Tapia, 2016).

Dado que intentamos desentrañar las acciones políticas de una articulación de organizaciones campesinas e indígenas, deberemos comenzar por identificar conceptos, universos discursivos y relaciones sociopolíticas históricas. Desde luego, a ello acudirán las nociones de colonialismo interno, conquista, acumulación, entre otras. Asimismo, la estatalidad moderna será un punto de referencia crítica y una instancia de comprensión, en tanto resulta estar atravesada por la estructura económica del capital, empero refleja pujas contrahegemónicas en el plano de la sociedad civil, en nuestro caso en el palimpsesto de las resistencias populares campesinas. Por ello es que redundaremos en las

3 Concebida desde lo “campesino-indígena” en nuestro trabajo, por el carácter de aglutinación que presenta la organización que analizamos.

miradas cooperadas indirectamente del boliviano Zavaleta Mercado y del italiano Antonio Gramsci para repensar la existencia de totalidades sociales subalternas que operan y resisten en contextos de colonialismo interno (González Casanova, 2006) y dominación colonial-moderna. En el mismo sentido intentaremos comprender cómo la autonomía política del Estado y la *sociedad civil popular* (Mazzeo, 2016a) puede ser ampliada o restringida en términos de la regulación político-estatal sobre el excedente y sobre los sujetos que lo generan; todo lo cual contribuirá al abordaje de las prácticas de estos sujetos y sujetas que, a nuestro entender, terminan por expresar sentidos estrictamente políticos en la dinámica de sus reclamos y reivindicaciones comunitarias, al tiempo que se da su conformación de “clase”.

Sobre esto último, dado que nos inscribimos en la persistencia del antagonismo social como elemento, sino estructurante al menos condicionante, de las conflictividades en cualquier sociedad de clases en América Latina, entendemos como “clase social” algo no predeterminado, sino más bien una formación histórica compuesta y configurada a partir de las relaciones de producción y los conflictos sociopolíticos que la contornean, al punto de resultarnos —esta comprensión— estar caracterizada por “dos nudos problemáticos”: la estatalidad y la lucha social⁴. Estas esferas epistémicas, de lectura predominantemente política, procuran amplificar la tarea científica del investigador: el pensamiento crítico y la lucha social latinoamericana emergen allí en el quehacer militante; sobre todo frente al fenómeno colonial arraigado en formatos de injusticias sociales, raciales, sexuales, económicas y fundamentalmente cognitivas. Intuimos que hoy, más que nunca, resultan prioritarias un conjunto de indagaciones, conocimientos y saberes que no dimitan ante los requerimientos normativos de la ciencia y el posibilismo teórico moderno como tal.

Retomamos la necesidad de avanzar por sobre la lectura dicotómica que contrapone la perspectiva de la constitución subjetiva de los movimientos sociales, con las miradas que enfatizan los condicionamientos económico-estructurales. Por ello es que adoptamos la noción de movimientos sociales-populares (campesinos e indígenas), en tanto sujetos políticos y espacios de construcción de una *episteme* que produce saberes alternativos y proyectos políticos contrahegemónicos. A su vez, colocamos la idea de que estos movimientos campesinos portan una “gramática política” de lucha y resistencia propias, en tanto constituyen un

4 Rescatamos aquí tanto la formación del Estado, ordenador de las relaciones entre las clases desde el interior de su antagonismo (por lo que el Estado no es exterior a las relaciones de clases); como la lucha hegemónica por modificar la relación entre las clases y, como su corolario, el estatus histórico del Estado (Acha, 2016: 174).

juego de reglas no escritas que delimita, por un lado, las interacciones de los sujetos y, por otro, las combinaciones de acciones para coordinar, articular o impulsar intervenciones públicas, acciones que se dirijan a cuestionar, transformar o ratificar el orden social... dicho de otra manera: “en una clave analítica, esta noción de gramática dota de un principio de inteligibilidad a las acciones” (Natalucci, 2010: 100).

Este punto del trabajo resulta relevante en términos teóricos, dado que pretende lograr la articulación de parte del corpus de pensamiento crítico latinoamericano con una problemática puntual (la cuestión rural y el campesinado), pero en un recorte de tiempo histórico que aún resulta no explorado de manera exhaustiva; algo que, por otra parte, en nuestras vidas de pulsiones militantes recobra fuerzas por tratarse de ese recoveco de luchas que nos conminan diariamente. Es decir que, los abordajes que retoman el vínculo entre la sociedad civil / sociedad política, concretamente *Estado y movimientos sociales*, serán reelaborados desde la condición del movimiento campesino como *locus* y temporalidad específica.

Consideramos que el aporte teórico-político de esta propuesta, además de enriquecer a otras investigaciones que ya han analizado el desarrollo de la CLOC-VC y el campesinado organizado en América Latina, versa sobre la pesquisa del carácter político de los procesos de subjetivación y resistencia campesino-indígena, asentados en la plenitud de relaciones de dominación vigentes, buscando dar cuenta de la potencialidad transformadora de los movimientos del mundo rural aquí estudiados. Por tales razones es que conceptualizamos e intentamos producir teoría sobre la noción de un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, en lo que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia de tales organizaciones.

Imaginamos, tal vez de manera optimista, que reside en esta propuesta una novedad u originalidad posible: así como “la clase” estuvo presente en su formación –en la digresión del historiador inglés Edward P. Thompson (1979)– efectivamente en el periodo político reciente, al campesinado latinoamericano le concierne no haber estado ausente en la acción ampliada de su reconstitución política, de un tipo de subjetividad clasista e identitaria, además de ligar sus reclamos históricos con sus prácticas dentro de la temporalidad estatal y productiva específica, sin que por ello se agoten allí las referencias. Parafraseando a Zavaleta Mercado podemos afirmar que el movimiento campesino de la CLOC-VC, en su composición histórica cercana, está condicionado por la generalidad de su determinación, su lucha de clases y las relaciones de producción que lo rodean.

Por último, sostenemos que es de relieve metodológico y social este abordaje, dado que un estudio contextual de las dinámicas sociopolíticas que rodean las acciones de la CLOC-VC, el MNCI-ST y la UST, en este periodo específico, puede significar una modesta pero significativa contribución a las actuales luchas por la tierra, los objetivos tácticos de los movimientos, sus posicionamientos ideológicos y los formatos de disputa por el poder o las estrategias de visibilización de la *reforma agraria integral y popular* en América Latina.

El no-saber de quien quiere investigar y militar

El enorme desafío de investigar sin objetualizar, tal como lo augurara el *Colectivo Situaciones* hace unos veinte años atrás (2002), implica desanclar la imagen hegemónica de quien investiga; entre otras cosas porque el “militante investigador” en el fondo busca eso: organizar la vida según un conjunto de intuiciones emancipatorias, propiciar una composición teórica y práctica que potencie una sociabilidad alternativa. Aquí elaboramos ideas bajo condiciones heterogéneas, surgidas del propio colectivo, y las estratagemas de contrapoder en las que se inscribe; es por eso que intentamos –no sin pocas pretensiones– que nos desborden las palabras y las hipótesis situadas que acumulamos en el camino de nuestras luchas antes que la sapiencia académica.

Pensar el mundo rural implica, a nuestro juicio, reencauzar el problema de las clases sociales y las formas de reproducción de la subsistencia en los territorios. En esa dirección, la cuestión de las resistencias en el campo es un elemento central en la evolución histórica de la lucha de clases sociales, así como su conformación y la articulación de las identidades políticas en los movimientos sociales organizados. Comprender a las clases que trabajan, como ejercicio antropológico fundamental, es un paso necesario para discernir la producción y reproducción de la sociedad; sin embargo, las formas que adoptan los grupos y comunidades al interior de las sociedades son las que contribuyen a su especificidad. En cierto modo, si bien las clases trabajadores resisten al capital y su forma de clasificar, es en el transcurso de la lucha que los grupos sociales se conciben a sí mismos como clase, justamente porque las relaciones de fuerza económicas son el primer momento de las relaciones de fuerza sociales. Sin pretender cierres teóricos, creemos que la triangulación de la clase social, el trabajo y los sujetos campesinos/indígenas en las bases de una sociedad capitalista, constituye un eje central para entender la ruralidad en contextos de hegemonía neoliberal.

Así como la conformación de una clase involucra la participación de determinadas relaciones de propiedad y producción, en el caso de la

“clase” campesina/indígena organizada, existe una composición diversa, fundada no tanto por individuos como sí por entidades colectivas: familias, comunidades, sectores productivos, asociaciones, redes. No hablamos aquí de “experiencias-modelo”. Las comunidades rurales, en toda su diversidad, dan lugar a una identidad y a un tipo de experiencia de clase social realmente existente, una de cuyas principales connotaciones es la de ser una anomalía y una alteración del orden capitalista de la economía y el trabajo.

Tal vez, si tenemos en cuenta que la heterogeneidad que asumen las modalidades del trabajo es previa al mismo modo de producción capitalista –para el caso de la disputa “capital vs. trabajo” tal como la conocemos– la contraposición entre los modos de acumulación permitirá detectar la pervivencia de varios componentes de la llamada *acumulación originaria*. Con relación a ello es que la separación de las poblaciones respecto de sus medios históricos de producción explica el surgimiento del trabajo asalariado y la constante reproducción de los mecanismos de acumulación, así como el cercamiento de los bienes comunes, diferenciando viejos de nuevos *alambrados*. Tal como sostiene el mexicano Armando Bartra, América Latina es reservorio de lucha indígena y campesina, entre otras cosas porque el capitalismo se presenta como una forma de desposesión de la vida rural.

Si bien el “trabajo” como categoría ordenadora de lo social se encuentra anclado al sistema de producción económico, tanto como a la intervención política y los procesos de subjetivación de los grupos humanos y clases sociales en los marcos del capitalismo global; en los últimos años los tradicionales mecanismos disciplinares como la fábrica y el salario comenzaron a ser reforzados por otras técnicas tendientes a administrar los modos de producción y el comportamiento de los cuerpos. El tratamiento antropológico del conflicto y la resistencia ante las formulaciones teóricas de las ciencias sociales y las humanidades, acontece asociado a las formas de trabajo existentes en los marcos estatales latinoamericanos, todo lo cual requiere indicar la fisonomía de nuestras sociedades abigarradas, tal como las entiende René Zavaleta Mercado. Dicho de una manera sucinta: las pujas políticas y económicas de nuestro continente tienen lugar en los parámetros del Estado nación. En ese sentido, lo sabemos, la función central del Estado es la de producir unidad política allí donde se produjo un estado de separación doble: separación del trabajador de sus medios de producción y separación del Estado de la sociedad civil. La formación social abigarrada refiere, entonces, a la condición multisocietal latinoamericana. Se trata de sociedades en las cuales las estructuras sociales capitalistas no han logrado

desarrollarse en su totalidad y conviven con formas jurídicas y sociales de formación precapitalistas (Tapia, 2016).

En otras palabras, creemos, es posible pensar que las clases sociales que resisten y asumen la conflictividad en los territorios franquean una *abigarrada* forma de sentir tanto el colonialismo como el capital, en su manera de avasallar los modos de vida indígenas y campesinos: en el *campo* los mecanismos coercitivos de explotación no provienen solo del derrotero colonial, sino también de las exigencias socioeconómicas del modelo tecnológico capitalista que se impuso en muchas regiones en los últimos años.

Con todo, resulta fundamental interpretar el desarrollo sociohistórico de la producción / reproducción moderna. La sociedad surgida de la crisis neoliberal en América Latina coloca al trabajo humano y su subjetivación –tanto como a la naturaleza–, en el lugar de meros “recursos naturales”. Por estas razones es que el territorio rural se transforma en un espacio de divergencia fundamental en la reproducción de la vida simbólica y social. Comprender los caminos de la conflictividad rural sobre la base de las persistencias de vida campesinas e indígenas, posibilita una mirada estructural y simbólica. Se trata de una perspectiva surgida desde la práctica de los movimientos sociales, bajo una óptica relacional del poder que dé cuenta de un tipo de economía popular crítico-práctica (Mazzeo y Stratta, 2021).

Para retomar la noción de campesinado, deberemos rediscutir categorías históricas y políticas. En el plano de lo que algunos autores denominan “colonialidad”, existe un cúmulo de aspectos que se expresan a la hora de narrar estas luchas: en nuestro caso, la reproducción de esa colonialidad en los abordajes interpretativos es uno de los ámbitos a deconstruir, si lo que pretendemos es mirarnos en el espejo de la realidad rural periférica. Dar cuenta de nuestras inquietudes y la de los otros y otras que piensan y miran con nosotros, es una forma de exhibir los desafíos que nos atraviesan en el proceso de acompañamiento *junto al movimiento*.

Aun posicionándonos en una articulación militante con los espacios y las luchas sociales del sur⁵, percibimos ese rodeo racional que intermedia la confrontación con lo que se estudia. Es decir, pese a la conciencia del bagaje de espiritualidad, imaginario y sensibilidad que circunda la acción sociopolítica de los sujetos y procesos abordados como movimientos sociales-populares en perspectiva emancipatoria, solemos

5 Nos referimos aquí a la consideración del Sur en los términos de un presupuesto epistemológico alternativo y un espacio-tiempo que anida experiencias sociales de resistencia no-hegemónicas potencialmente contrahegemónicas (De Sousa Santos, 2004: 13-14).

reincidir en esa permanente búsqueda de “intuiciones cognitivas” o de coherencia entre creencia y sociedad, casi como el deseo de ratificar una concepción política que portamos. El empeño de la comprensión tiende a resquebrajar lo sensible de la experiencia. No pocas veces caemos en esa desarticulación iluminista recurrente. En este caso, a sabiendas de que en el sur latinoamericano se aglutinan resistencias *contrahegemonías*, hemos optado por redefinir la lucha campesina y los sujetos –junto con sus *memorias y prácticas*– como un espacio de lo *no dicho*, es decir, como margen que permite el ejercicio del pensamiento crítico a partir de su praxis. Entonces, decimos que antes de emprender el camino hacia las autenticidades, legados, esencias o sentimientos del “otro”, nos cuestionaremos aquí cómo esas prácticas se constituyen en intervenciones políticas en un marco global.

Idealizar encubre una operación inadvertidamente conservadora: reproducir las purezas de los procesos imbuidos por los valores dominantes naturalizados. Aquí elegimos mirar lo embarrado de la lucha, sus idas y venidas, como una forma de describir lo que hacemos para cambiar esto en lo cual hemos devenido. Somos conscientes de que no conjuramos el drama de los embates del capital contra la vida en el campo; sin embargo, este ejercicio de escritura abigarrada pretende revisar los resquicios por donde florecen horizontes de disputa campesina.

En el desarrollo de este libro abrimos interrogantes que, por otro lado, no pretendemos clausurar de manera total. Más bien, estas líneas giran en torno a un tipo de *metodología no extractiva* (Rufer, 2016), cuyas implicaciones determinan desde el inicio una ruptura epistemológica al proponernos reflexionar críticamente el *conocimiento* que se construye *con y desde* este sur campesino, en particular desde la CLOC-VC. Se trata, entonces, de dar cuenta de estas sujetas y sujetos sociopolíticos y culturales a los que comprende una ciencia social emancipadora, sin por ello “extraer” un supuesto saber; antes bien, coconstruir desde las prácticas en el territorio. A medida que avanzamos en el relato de estas experiencias, es posible recordar la idea de “comunidades investigadas-investigadoras” a las que el Movimiento Rural y luego las Ligas Agrarias de Argentina, se referirían allá por los años 60 y 70 (Ferrara, 2007: 42). En nuestro caso, el Estado nación occidental “poscolonial” latinoamericano, en la intencionalidad de abordar metodológica y epistemológicamente las subjetividades campesinas, otorga una preponderancia relevante a estas comunidades a la hora de narrar la trama política de la (contra) modernidad en estos territorios.

Así, referiremos en parte a esa mirada que ubica al nativo / campesino en el atraso de la línea del progreso frente a un sujeto hegemónico

—la Pampa, lo civilizado—. En tal sentido, para el abordaje que retoma dialécticamente lo nacional y lo regional, dos conceptualizaciones recorrerán este libro: primero, la idea de “ausencia” campesina-indígena remitirá justamente a “la existencia de cierto rechazo a reconocer esta *presencia* en la Argentina” (Barbetta, Domínguez y Sabatino, 2012) dada principalmente por el carácter agroexportador del país y el sesgo sobre la problemática del desarrollo agrario centrado exclusivamente en la Pampa húmeda. A esto cabe agregar la nula discusión teórico-política sobre las identidades campesinas desde los años 70 a esta parte, propiciada en gran medida por la represión del período político dictatorial que impidió la reflexión crítica pública sobre campesinos e indígenas en las periferias.

En segundo lugar, la noción de “re-existencias” campesinas e indígenas en el territorio latinoamericano en general, es una forma de nominar la producción activa de prácticas de visibilización por parte de colectivos y sujetos/as organizados en el ámbito rural. Todo esto es pensado desde los supuestos teóricos que configuran, en nuestra perspectiva, un tipo de epistemología situada y un necesario compromiso sociopolítico en la investigación y el desarrollo del pensamiento crítico en Nuestra América.

Si bien asumimos una tarea de intelección y observación desde las bases, vale apuntar que hemos escogido algunas voces de compañeros y compañeras campesinos/as con grados notorios de responsabilidad al interior del movimiento campesino argentino y latinoamericano, tanto en la conducción de procesos como en el rol comunicador al interior del espacio; por lo cual —huelga decirlo—el/la lector/a se encontrará con entrevistas y devoluciones teóricas esbozadas por parte de actores cuyos niveles de formación política y capacidad analítica crítica se ajustan al grado de responsabilidad al interior del movimiento popular que componen.

Finalmente, intentaremos reseñar los núcleos teórico-políticos que atraviesan la movilización popular latinoamericana desde el Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI) en tanto *espacio de politicidades* que configuran a la CLOC-VC en los últimos 20 años. Por todo ello, el proceso de investigación / acción aquí resumido responde a un trabajo mayor que realizamos como forma de combinación entre lo racional y lo vivencial de la tarea científico social, reforzando los supuestos *no extractivos* en vistas al reconocimiento de alteridades invisibilizadas, que resisten al patrón colonial, patriarcal, capitalista y a sus ausencias.

En definitiva, con mucha modestia y el respeto del esfuerzo militante que hacemos a diario, miramos entre líneas las prácticas y territorios campesinos que habitan el mundo rural en la constitución de sus *re-existencias*, con la perspectiva de cobijar no un conjunto de saberes propios, sino más bien intentando permanecer fieles a nuestro “no saber”, a nuestros interrogantes y a la eficacia de las luchas paridas en los territorios rurales de Mendoza, Argentina y Nuestra América.